

EL 30 DE MARZO DE 1888, EL ECIJANO BENITO MAS Y PRAT, VOLVIO A ESCRIBIR SOBRE LA SEMANA SANTA EN SEVILLA, EN UN ARTICULO PUBLICADO EN LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA DEL CITADO DIA.

**Septiembre 2019
Ramón Freire Gálvez.**

En otros artículos anteriores, ya he dejado mencionado que Benito Mas y Prat, no solo fue un gran conocedor de la Semana Santa sevillana, de sus hermandades, de los titulares de cada una de estas, así como todo lo que se mueve alrededor de dicha fiesta religiosa, sino que escribió anualmente sobre ella, en varios artículos fechados entre los años de 1882 a 1889, cuando llegaba la fecha de su celebración y así aparecieron publicados, como el que ahora transcribo, titulado:

SEMANA SANTA EN SEVILLA.

I.

EN VISPERAS

Ya empiezan a moverse los cofrades; ya están de vela las bordadoras de mantos; ya se celebran los capítulos en casa de los mayordomos; ya se limpian las lanzas y las tajantes espadas romanas que han de servir a las lujosas cohortes.

Sevilla, cuando se acerca la época de sus procesiones, parece que se metamorfosea y adquiere la tendencia hierática que le distingue entre todas las provincias sus hermanas; semejante a la antigua Eleusis, se recoge en sí misma y se agrupa en torno del templo. La gran basílica

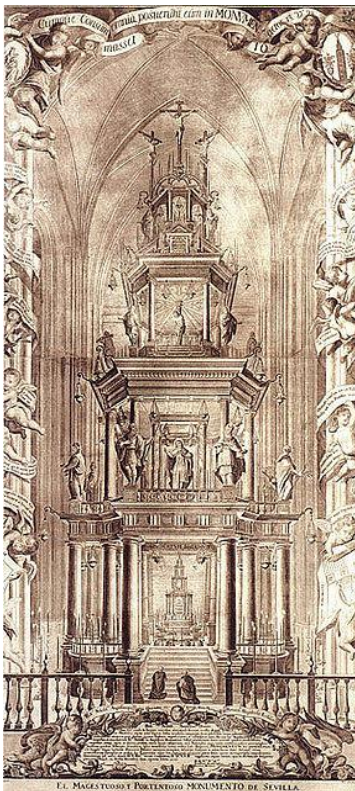


comienza a sacar de sus depósitos las más hermosas preseas; los suntuosos cortinajes de terciopelo con anchas fajas de oro que han de cubrir sus altos pilares; los juegos de soberbia cancelería de plata que han de arder bajo sus bóvedas; las miríadas de ricas lámparas que deben iluminar sus sagrarios; los juegos de casullas, dalmáticas y capas pluviales que han de caer sobre los

hombros de su clero catedral, dando a las ceremonias de la Pasión y Muerte la severidad y la grandeza dignas de tan elevados misterios.

Los servidores propios del templo, con la agilidad que les caracteriza, extienden las alfombras, cuelgan las pilastras, colocan los sitiales y preparan los ricos vasos de plata y oro que han de verse el Jueves Santo, a los pies de los pobres, como quiso que aconteciera el que no tuvo en la tierra blandas plumas en que reclinar su cabeza, ni ánforas de rico metal para su servicio.

El ir y venir de monaguillos y acólitos, de pertigueros y sacristanes, de operarios y llaveros; la algarabía formada por aquellos jóvenes lampiños que tienen sus nidos en la torre, entre los del vencejo, es de lo más característico que puede darse en estos preliminares de fiesta. Yo los he visto muchas veces encaramados por los ánditos, colgados de los salientes de los retablos y envueltos, como ángeles o diablillos alados, en los pliegues del gran velo que cubre el altar mayor y que ha de romperse con estrepito, según reza la liturgia, en los oficios del Sábado Santo.



Las operaciones más difíciles de las vísperas son las de colgar pilares, tender el velo que se ha de romper, como ya hemos dicho, al toque de Gloria, y cubrir las cruces de las capillas; mas hay otra que pide fuerzas hercúleas y barbas mayores, y ésta es la colocación del soberbio monumento que ha de servir para las solemnes ceremonias de jueves y viernes en la Santa Semana, y el cual es uno de los mejores ornatos de la celebrada Catedral de Sevilla.

Tiene esta obra de arte cerca de treinta y cuatro metros de elevación, y su último cuerpo, coronado por un gran Calvario, se pierde en las penumbras de la última bóveda, bajo la cual se levanta todos los años. Su vista causa mística arrobación y profundo recogimiento; tiene cuatro frentes o fachadas, está adornado con esculturas colosales y le alumbran ciento veinte lámparas de plata y más de quinientas candelas. Trazóle el maestro Antonio Florentín el año de 1543, y le terminó en 1554, es de madera y pasta, y sus grandes figuras representan a Abraham, Melquisedec, Moisés, Aarón, la Vida eterna, la Naturaleza humana, la Ley antigua, la Ley de gracia, Salomón, la reina Saba, el Sacerdote del Concilio, el Sayón de la bofetada, San Pedro y San Pablo, el Sacrificio de Isaac y otros pasajes y personajes bíblicos. Las alteraciones y ampliaciones hechas en este monumento original han unido a él los nombres de muchos escultores de los siglos XVI y XVII; podemos citar entre ellos a Marcos Cabrera, Alonso de Mora,

Blas Bermúdez, Melchor de los Reyes, Honorio de Falencia, Valbuena y algunos otros.

Este monumento, resplandeciente de luz y enhiesto entre los pilares cubiertos de terciopelo rojo, es de maravilloso efecto, y para los sevillanos tiene siempre novedad encantadora. Desde que salen las grandes piezas que lo componen de los depósitos de la iglesia, siguen con ansiedad infantil las peripecias de su erección y siempre hay curiosos que presencian la faena.

Durante dos días, el monumento se ofrece a los fieles como una gran torre resplandeciente de luz, iluminando la bóveda y las capillas inmediatas. El sábado toda aquella costosa fábrica desaparece, quedando el templo como de ordinario, alumbrado de día por los rayos del sol que se deslizan por sus notables ojivas, y de noche por las miríadas de lámparas que lucen acá y acullá asomando por entre los pilares como asoman las constelaciones en un bosque de palmeras o en una selva oscura.

II.

LAS CAMARERAS

No llamarían la atención de los curiosos las ricas preseas que lucen nuestras imágenes en las procesiones de Semana Santa, si supiesen lo que son las Cofradías y las Hermandades.

Tienen cada una de ellas su hermano mayor y su camarera, entidades que cuidan de la imagen titular como de sí propios, y ellos por delegación de los demás cofrades se encargan de engalanar las Vírgenes y Cristos favoritos, que en capillas y con fueros propios conservan, aumentando cada año el caudal de sus ropas y alhajas.

Cuando se acerca el día de la salida de la imagen, la camarera va a visitar a *la Señora* y a preparar el rico manto y las delicadas vestiduras. Encaramada en el paso y con el respeto y la tierna solicitud que pudiera tener con una reina, la viste y la compone sin olvidar el perfil más pequeño. Si la cofradía es pobre y no puede disponer de joyas propias, la camarera y el mayordomo se las procuran pidiéndolas a personas piadosas que se honran con ello, y así vemos que, excepto a las Dolorosas y Soledades a quienes, por su representación de duelo, sólo suelen concedérseles puñales de plata que atraviesan sus pechos, a las demás Vírgenes se las prenden innumerables dijes y piedras preciosas, se llenan de anillos sus dedos y de pulseras sus muñecas, se les ponen ricos zarcillos y costosos collares.

No busquéis en estas imágenes propiedades de indumentaria; el traje hebreo sencillo, y



consistente en la túnica escueta con manga ancha y el sencillo cobijo de las hijas de Sion, no podría complacer las aspiraciones de las camareras ni de los cofrades; es preciso el prolongado manto de terciopelo bordado de oro, las delicadas batistas de la época de los Felipes, el rico tisú reservado para la alta nobleza por los Reyes Católicos.

La magnificencia de estos vestidos y el ideal cristiano que los ha conservado no permiten al crítico meter su hoz en este campo de flores; cuando el paso o las andas adelantan inundadas de luz por las calles de la estación y aparecen nuestros Cristos y nuestras Vírgenes entre candelas y guardabrisas de cristal, vestidos y alhajados de esa manera, no hay más que prorrumpir en una aclamación de asombro y de simpatía, porque se presentan tal como las ha concebido la imaginación meridional de nuestro pueblo; hermosos, esplendentes, lanzando los reflejos del iris en una atmósfera de incienso.

La emulación de las camareras es igual a la de los hermanos de cada advocación; su prurito -vamos al decir-, consiste en que su titular o patrona descuelle entre las demás hermandades. Así suelen verse esos derroches de magnificencia que pasman al turista y que no puede explicarse. Los pasos rivalizan entre sí en gusto y riqueza; si uno tiene palio de plata, el otro tiene dosel de terciopelo; si uno tiene caídas de raso, el otro las ostenta bordadas y con flecos de oro; si éste va lleno de objetos de arte, aquél luce rica candelaria y caprichos costosos.

La recompensa de los afanes de las camareras consiste en los elogios de los devotos que acuden a la exposición de pasos verificada en la Iglesia durante la mañana del día en que hacen su estación las hermandades sus afectas.



Allí las imágenes son objeto de la admiración de todos, y pueden apreciarse en sus más pequeños detalles las preciosidades que ostentan. Quién admira el magnífico bordado de los mantos que tocan al suelo esponjándose sobre las andas; quién elogia la gracia con que la Señora lleva puesto el collar y el rostrillo; quién cuenta la habilidad

de la peinadora, la prolijidad de las manos que bordaron el peto, la riqueza de los pendientes y anillos o el airoso plegado de los trajes. La camarera, que acaso oye todo esto sentada en una banca próxima a aquel lugar, siente dulce fruición de orgullo y se deleita en escuchar una y otra vez estas frases halagadoras.

Acaso se acerca a las andas una hermana de otra advocación ya entrada en años y en malicias, y se atreve a decir a una su acompañante que los

encajes del rostrillo de la Virgen están plegados con mal gusto, o que la túnica del Cristo amarrado a la columna no cae bien sobre la divina cadera; y entonces la que lo oye frunce las cejas, hace una mueca expresiva, y dirigiéndose al guardián del paso, que casi siempre es un monaguillo, le dice por lo bajo lo siguiente:

¡Mira, hijo mío, apaga y vámonos; que ha dado su opinión Doña Anastasia!...

III.

LOS ARMADOS.

Se llaman así, vulgarmente, las centurias romanas que van acompañando a las cofradías.

Estos están reglamentados, y casi siempre obedecen a un *capitán*, el cual se ha gastado buenos cuartos en hacerse un traje que no desdeñarían César ni Nerón, los dos emperadores más peripuestos de la antigua metrópoli romana. Desde los borceguíes recamados de topacios y esmeraldas, hasta el reluciente casco de metal adornado de anchas y rizadas plumas, el capitán va tan acabado y perfecto, que necesita dos adláteres con hachones para que el público admire tal prodigio de indumentaria. Durante la procesión no cesa de marcar el paso; lleva la espada desnuda, presa entre fino y blanco guante, y vuelve de vez en cuando el reposado rostro para ver si se descompone la cohorte, a cuyo frente marchan el águila y el *senatus*.



Todos llevan las espadas cortas que usaron los soldados de Mario y Sila, todos ostentan escudos y rodela; éstos y aquéllos lucen altas cimeras y relucientes cascos; lo que jamás me he podido explicar es el uso de la gola con este traje, que se mixtificó con la irrupción germánica, a no ser que los romanos de las cofradías sevillanas pertenezcan a aquellas huestes españolas que penetraron en la Ciudad Eterna, acaudilladas por el Condestable de Borbón.

Estas centurias llevan consigo músicas y trompeterías, y se forman poco antes de salir las cofradías en los porches y atrios de los templos. Cuando terminan su cometido, rompen filas y se van cada cual por su lado, bien a pasear por las calles, bien a visitar a sus amigos y deudos.

No es difícil ver a cualquiera de estos romanos en un portal pelando la pava con una flamenca de buen trapío, o reclinado en una reja a la luz de la

luna, y recordando a los trasnochadores del tiempo de Tiberio. Un turista inglés, extraviado en el clásico barrio de Santa Cruz, y asombrado al ver de guardia en una de sus estrechas puertas hebreas a un fornido hermano armado, de la cofradía de la Macarena, se sobrecogió todo de espanto, creyendo que el fantasma pudiera hacer uso de su pica o de su espada, y saludándole respetuosamente, le repitió la palabra de sumisión de los rituarios en el antiguo Circo romano: *Ave, César, morituri te salutant.*

Nada más pintoresco que la calle de las Sierpes de Sevilla en los días de Semana Santa. A más del personal heterogéneo que en estos días toma posesión de hoteles, fondas y casas de huéspedes, y del que forman parte la atildada *lady* y la robusta aldeana, pasean por la célebre calle, codeándose y robándose la acera, los tipos más encontrados y las entidades más diversas. Vense allí al pacienzudo *yanke* que todo lo mide con la mirada, al cacique de pueblo que luce su levita nueva, a la flamenca ostentando su pañolón de Manila; al flamenco con su apretada faja y su sombrero de queso; los nazarenos y devotos con sus hábitos, insignias y capirotos ; los militares y



caballeros cruzados, y, por último, los *armados* objeto de estas líneas, que creyéndose los héroes de la jornada, se pavonean con marcial talante, dando al cuadro la nota anacrónica, aunque original, que tanto sorprende al curioso.

La afición a lucir preseas de estos soldados-cofrades no llega, sin embargo, á barrenar en lo más mínimo los preceptos de su estricta ordenanza. Al sonar la aguda trompeta, se abandona cuanto se tiene a mano. El que tomaba una docena de cañas y una aceituna, deja el estrecho vaso sobre el mostrador y corre sin pagar hacia el sitio designado; el que decía a su novia algún chicoleo, deja la ventana despidiéndose con más prisa que Romeo de Julieta, y allá va hacia el templo, sin cuidarse de si lleva o no en orden la lanza o la rodela; el que aprovechaba el interregno para jugar a la béciga con su comadre, tira hasta el comodín con que hubiera podido hacer *cuatro cosas*, y deja el juego al vecino del lado: todos, en fin, están en su puesto al segundo toque de clarín, y da gusto verlos cómo toman posición y línea, presentando el aspecto más animado e histórico sus escudos, sus cascos, sus cimbras, y sobre todo sus rostros, variados hasta el infinito y que después han de dejar en el misterio las cautas celadas.

En esto, un murmullo de admiración y un agudo toque de trompeta anuncian que llega el capitán soportando su enorme y rico airón, su capa recamada de oro y su túnica de terciopelo. Los de la centuria se clavan en su puesto; el que lleva el asta con el águila, símbolo del imperio, avanza un poco para recibirle dignamente; y entonces el capitán, lleno de orgullo, golpeando el

pavimento con sus borceguíes salpicados de piedras deslumbradoras, se aprieta el cinto, se retuerce el mostacho, se enchufa la gola, saca la reluciente espada, y volviéndose cara a cara a su apretada cohorte, dice con entonación soberbia y supremo desdén de mando:

¿A ver? ¡Firmes todos conmigo, una, dos, tres; marchen! ¡Adelante *er senatus* y viva la Virgen de la Esperanza!

IV.

PENITENTES Y NAZARENOS

Estos tipos son más conocidos, porque se hallan en todas las provincias; pero en Sevilla tienen lineamientos especiales que merecen ser estudiados.

Corriendo parejas con las ricas preseas de que hacen gala las hermandades en su ostentosa indumentaria, el nazareno sevillano usa túnica riquísima de terciopelo, escudo bordado, cestillos de plata, y otros aditamentos que constituyen un lujo verdaderamente del siglo y en oposición con las antiguas prácticas.



En los primeros tiempos, estas procesiones puramente penitenciales no permitían esos derroches; la ostentación estaba divorciada de ellas, y la especie de misterio en que se envolvían alejaba a los curiosos de la carrera.

Los nazarenos iban con pobres túnicas, ceñidos de cilicios o casi desnudos, y aquellas imágenes rígidas, amarillentas, desprovistas de los encantos de la forma, escuetas y colocadas en humildes parihuelas que casi tocaban el suelo, no podían prestarse a las actuales exhibiciones. Los hermanos de disciplina llevaban la espalda descubierta o con escasos paños, y daban ayes lastimeros que solían asustar durante la noche a las mujeres y a los niños; y cuando se oía el tañer de las campanillas de los demandantes, había muchos que entornaban las celosías o cerraban con pavor las maderas.

Al presente, la fórmula ha variado por completo. El nazareno, con escasas excepciones, viste con lujo, marcha en la procesión con elegante desahogo, y no se permite la disciplina. En vez de aquellas imágenes teñidas, chupadas, comidas por la intemperie y por la polilla, que acusaban el bizantinismo y parecían protestar de la curva suave del Renacimiento, se exhiben las primorosas imágenes debidas al cincel de Cornejo, Montañés y la Roldana; las parihuelas se han sustituido por lujosas andas cubiertas con paños bordados y adornadas de llores, y las farolas, candelas y guardabrisas, llenando de raudales de luz los anchos doseles, muestran al creyente todos los encantos de la creación artística y todas las imaginaciones de! espíritu cristiano.

Hoy los nazarenos y penitentes no causan lástima, sino delectación; da gusto verlos en ordenada fila haciendo que se deslicen las colas de sus túnicas por el pavimento recogiénolas con especial gracejo; los curiosos, en vez de huir como antes de los penitentes amigos de la sombra, el cilicio y el silencio, se agolpan a su paso y



lleen la carrera, celebrando cada misterio que pasa o cada agrupación que desaparece. Esas andas, conducidas por veintenas de hombres, se elevan como una aparición mística por encima de la multitud absorta y entusiasmada; y los Cristos que muestran sus músculos con el más hermoso realismo, y las Vírgenes y Dolorosas, cuyos rostros irradian vida y color, atraviesan triunfantes por entre apretadas muchedumbres, dejando tras sí irisadas irradiaciones y perfumadas estelas.

Aun suelen verse tras de las andas o pasos penitentes vestidos con más pobre atalaje, y sustentando sobre los hombros pesadas cruces; pero esta es la nota tradicional, la semilla del pasado que aún fructifica en los corazones más piadosos. El tono general de las cofradías sevillanas es el de una fiesta, severa, sí, pero al propio tiempo magnífica y coruscante.

También han desaparecido los antiguos cobijos y mantos negros usados por las andaluzas en los siglos XVII y XVIII y de los cuales quedan todavía muestra en algunos pueblos de la provincia. Las sevillanas lucen en Jueves Santo sus mejores galas y aunque usan el traje negro para las fiestas fúnebres del Viernes, no dejan de mostrar sus talles de avispa ni la curvatura de sus hombros.

Este año las obras de reconstrucción que se efectúan en nuestra santa Basílica harán que no podamos oír en toda su brillantes el celebrado Miserere

de Eslava, que han cantado aquí las eminencias del mundo musical, tales como Tamberlick, Stano, Massini y Gayarre.

En el magnífico bosque de columnas de piedra donde se alza el Monumento abundarán las palomas, pero harán falta los ruiseñores.

V.

LA PLAZA DE SAN FRANCISCO

Hay en Sevilla una plaza histórica, que recuerda a la vez las fiestas y torneos del tiempo de los Asistentes y los autos de fe del Santo Oficio. En ella se alza el magnífico edificio plateresco, único ejemplar perfecto en España, y en que radican las Casas Capitulares; en ella se ven aun los portales adornados con restos de templos greco-romanos, donde se solazaba el autor del *Ingenioso Hidalgo* estudiando aquellos tipos de la corte de Monipodio que nos describió con tal brillantes pinceladas.

Este es el centro de la buena sociedad en las tardes de cofradía y allí hemos visto a nuestros reyes ocupando soberbio dosel para presenciar el paso de las procesiones.



En airosos palcos, adosados a la Casa-Ayuntamiento, se reúnen como en valioso *bouquet* las damas de la *high life* sevillana, llenando el resto de la plaza inmenso gentío, al que dan graciosas manchas de color las hijas de San Bernardo y de Triana.

Todo es animación y movimiento; las sillas, los balcones, hasta los portales de la plaza se han tomado por asalto; los que llegaron tarde van engrosando las líneas de curiosos a quienes detuvo la faja de asientos que corta la carrera y cierran por tanto el extenso cuadrilátero.

¡Qué diálogos más picantes! ¡Qué tiroteos de frases más donosos! ¡Qué bullir y rebullir mientras no asoman por la calle de las Sierpes los bastoneros!

Señá Mónica, que aprieta usted más que un *doló*, dice una flamenca de colmillo retorcido.

¡Hija, si es usted una locomotora!, contesta en estilo cortado D^a Mónica.

¡Vamos, no sea usted pesado, ábranos calle!, dice un caballerito a un flamenco, que con las manos en jarras impide el paso de su esposa, jamona entrada en años y en enjundias.

¿Qué le abra calle?, contesta el barbián sin mover los brazos, pues busque *usté* la de la Amargura, que *pa eso se trae* la cruz a cuestras.

Estas finezas y otras como éstas se cambian entre los que están de pie en la plaza, mientras en palcos y en sillas se ven amartelados grupos y se encuentran historias profanas; pero los farautes o bastoneros de las hermandades aparecen al fin y elevase un murmullo de admiración y curiosidad no satisfecha.

Comienza el paso de las procesiones.

Unas tras otras han de desfilan por delante de las Casas Capitulares y detener sus pasos ante la representación del Municipio; luego siguen su estación a la iglesia catedral y después de visitar el santo templo, se esparcen por distintos lados. Desfilan por rigurosa antigüedad y se defiende a punta de lanza este derecho; más de una vez los hechos de esta y de aquella advocación se disputaron el paso recordando los farolazos del Rosario de la Aurora que ya se han hecho proverbiales.

El aspecto que presenta Sevilla cuando las cofradías marchan a sus respectivas moradas tiene algo de fantástico y recuerda aquellas antiguas ciudades recogidas en sí mismas durante las horas de los Misterios. Por cualquier calle que os aventuréis habréis de encontrar las silenciosas filas de nazarenos, las armadas centurias, los pasos triunfantes y deslumbradores. Empresa difícil es volver al centro de la capital sin tropezar con una cofradía; como su número es tan dilatado, llenan las avenidas en pertinaces madejas de luz, y cierran el paso una y mil veces.



Las llamadas del Silencio salen al mediar la noche y vuelven a sus iglesias al apuntar el alba o al salir el sol, en recuerdo sin duda de aquellas procesiones penitenciales a que nos hemos referido. Una de ellas, la del célebre barrio de la Macarena, que tiene por patrona a María Santísima de la Esperanza, dilata su entrada hasta que avanza el día, y logra que los primeros rayos del sol caigan como cascada de oro sobre el hermoso manto bordado de su Virgen favorita y multiplique las facetas de los diamantes que la adornan. Si

aquél no aparece a tiempo en el horizonte, como suele acontecer algún día, los cofrades cierran el puño e increpan duramente al rubicundo astro, que embozado en su capa de nubes trasnoche por las profundidades del cielo; pero cuando se muestra propicio, la Patrona es llevada a bendecir los sembrados que



ya despuntan como felpilla de esmeralda, volviendo a entrar por histórica puerta de la Muralla, saludada por estas o parecidas frases:

¡Viva la Virgen, que deja atrás a *toas* las vírgenes!

¡Viva la *mare* del pueblo!

BENITO MAS Y PRAT.

Sevilla, 1888.”

Mejor descripción de la Semana Santa de Sevilla, sus personajes y todo lo que rodea a la dicha celebración, no se puede hacer. En ella se recoge la idiosincrasia anterior a la fecha que el ecijano escribe y a las que vive en el año que lo publica, haciendo una comparación entre las semanas santas de antaño y las de la época.

En definitiva, artículo para conocerlo y disfrutarlo, como son todos los que escribió el citado Mas y Prat.